JUEGO

Octávio Viana

© 2025 OCTÁVIO VIANA | SILENT PEN ®
JUEGO

Publicado en EE. UU. y UE
Primera impresión 2025 (1.ª edición)
Referencia Interna SP2025.04|25.05.2025|12:17
silentpenltd@gmail.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto en el caso de breves citas incorporadas en análisis críticos y algunos otros usos no comerciales permitidos por la ley.

A quienes juegan — incluso sin saber las reglas.
A quienes entran en la habitación
sin saber si están siendo filmados.
A quienes dicen "te amo" con miedo de estar citando un guion.

A quienes se dejan atravesar por ciudades
como si fueran puñales lentos.

A quienes amaron a alguien que al final era personaje.
A quienes oyeron un "vuelvo ya" y se quedaron a vivir en una frase.

A quienes dudaron de la memoria, de la cinta,
del cuerpo y de la lengua.

A quienes no buscan la verdad
— sino lo que queda después de ella.

Este libro no es mapa, ni brújula, ni explicación.
Es herida abierta. Es truco mal disimulado.
Es abrazo tras la huida.

Permaneced.
Sed disfraz.
Sed código.
Sed nombre falso que ya no quieren cambiar.
Sed cicatriz que se ríe del bisturí.

Porque quien ama de verdad, engaña.
Y quien engaña bien, ama mejor.

Para vosotros, que jugasteis sin aviso.
Para vosotros, que fuisteis peones y reyes en el mismo tablero.

Fui. Fui yo. Y fui otro.

JUGUÉ.

Prólogo

Cádiz, antes del resto.
06 de mayo de 2025.
Aterricé en Sevilla temprano, demasiado temprano, con el sabor amargo de las horas cortas de sueño y el gusto anestesiado del café mal bebido en el aeropuerto. Recogí el coche de alquiler en el mostrador de la rent-a-car — tantas veces repito este gesto, que quizá ya mereciera comprarme un vehículo propio, aunque fuera viejo, como un zapato cómodo que aceptó la forma de unos pies torcidos.

La carretera hacia Chiclana era una arteria seca que rasgaba Andalucía hacia dentro, flanqueada por alcornoques despeinados y campos amarillos, casi hostiles bajo la luz blanca que anunciaba un verano tímido. Me sentía gastado, exhausto como quien ha usado demasiado una misma ropa y me di cuenta de que llevaba conmigo solo una maleta pequeña, ligera, con ropa interior, casi desprovista de cualquier pasado del que quisiera acordarme.

Llegué a la casa — un refugio frugal y silencioso, al final de un camino de tierra que se atraganta antes de la playa — ya después de la hora del almuerzo español. Una hora robada al reloj portugués, pequeña traición a la que nunca me acostumbro, como si el tiempo pudiera tener nacionalidad o pena. Lancé el equipaje a un rincón del cuarto, sin abrirlo y sin deshacer el triste orden de la ropa doblada por costumbre. No me senté. El espacio no me pidió que me quedara.

Volví al coche. Arranqué sin hambre hacia Cádiz, sintiendo que, en ese instante, necesitaba la ciudad como un pulmón de oxígeno en medio de la asfixia. Paré junto a la Playa de La Caleta, en cualquier sitio sin placa ni línea marcada, que podía ser aparcamiento o abandono. A lo lejos, el Castillo de Santa Catalina parecía antiguo... era antiguo... e impasible. A mi alrededor, los turistas giraban en bandadas, exclamando frases que se atropellaban, con móviles en la mano y google maps como si el lugar pudiera entenderse por líneas y símbolos.

Fui andando hasta La Viña, al café que ya es mío por complicidad distante, el La Clandestina. El dueño me reconoció con ese leve levantar de barbilla — un saludo sobrio y seco al portugués, yo, hecho de respeto de clientela y no de cercanía.

Dentro, muebles desiguales y libros envejecidos disputaban espacio con cuerpos lentos, charlas arrastradas en español o inglés mal pronunciado. Me senté, como casi siempre, en la terraza. Había olores cruzados en el aire: el mar infiltrado en la ropa y la piel, la grasa dulce y avinagrada del cazón en adobo y las migas saladas de las tortillitas. El barrio marcaba el ritmo en un ruido controlado — el timbre de los niños descalzos que corrían sobre las piedras calientes, las mujeres que reían en ventanas abiertas al viento leve y los viejos que susurraban palabras que ya no tienen traducción.

Pedí huevos revueltos, para acompañar una caña helada en botella, aunque odio la cerveza. Siempre lo hago en Cádiz. Solo bebo el primer trago, amargo y desagradable, como penitencia o recuerdo, y abandono el resto al calor y a la espuma muerta.

Abrí el portátil. Crujió la bisagra, aún nueva y con poco uso, como si fuera su protesta contra otro intento de escribir lo que nunca se alcanza. Te escribí entonces, Cádiz, antes del resto.

Te escribo ahora como quien habla con un amor clandestino, imposible pero inevitable. Ciudad ambigua, elegida entre otras por mi capricho de momento o de memoria — Portugal cuando el silencio me pesa, Italia cuando necesito la belleza cruel que castiga, Francia cuando el lujo y el ruido me anestesian. Pero siempre vuelvo aquí, a ti, para nuevos comienzos, porque tienes algo que casi me pertenece, sin poder llevármelo nunca conmigo.

Hoy dormiré solo. No me cuesta — estoy hecho de ese vacío cómodo, de ese silencio que no pide explicaciones. Pero mañana será diferente. Mañana... Cádiz, quizá tu mar me devuelva la sal que me falta, quizá una boca caliente contra la mía me caliente, quizá las manos de alguien que espero dibujen un mapa de placer en mi piel. En ese momento, empieza este libro.

Entonces este será un libro sobre esos viajes en los que FUI (y me quedé), donde quedarse fue un acto voluntario y no doloroso, fue un gesto de coraje y no de rendición. Porque viajar es dejarse robar un poco, es consentir que algo de lo que somos se quede atrás, pegado al suelo o a la memoria, aunque después, inevitablemente, tengamos que irnos.

***

1

Ella Llegó

Chiclana de la Frontera, 07 de mayo de 2025

Desperté antes del sol. Todavía oscuro. El aire olía a piedra fría y salitre húmedo. El sonido del mar, allá al fondo, rozaba levemente el silencio.

Había dormido bien. No recordaba la última vez que había dormido así — entero, sin sueños, sin interrupciones y con el cuerpo hundido en las sábanas como si fueran arena caliente.

Me levanté sin prisa. Pasé por la casa en silencio, aún con el cuerpo medio doblado por el sueño y dejando que el suelo frío me mordiera los pies antes de encender cualquier luz. En el espejo del baño, me vi con una ligereza rara — los ojos limpios, vivos, con su marrón ya sin herrumbre, casi oro viejo, casi vidrio. Era yo. O algo parecido.

Me duché despacio — agua caliente, bien caliente, manos firmes, jabón crujiendo en la piel. Rasqué el olor de la noche de las axilas, de los huevos, de las orejas y de la nuca. Me sequé con la toalla que ella decía que olía a moho. Que huela, joder. Me puse los pantalones de lino beige, esos de bajo corto, apretados en las ingles, abandonados hace meses sobre una silla del cuarto. La camisa color barro, abotonada a despropósito — era la que ella adoraba, o al menos la que ella señalaba con los ojos cuando yo no estaba haciendo el

ridículo. Me vestí como quien se prepara para ser visto. Por ella. Solo por ella. Ni me peiné.

La casa aún respiraba despacio, pero yo ya sentía la mañana pegándose al cuerpo. El cielo empezaba a aclarar detrás de los naranjos y había una brisa fina atravesando las ventanas abiertas, trayendo el olor a limón y sal seca.

Salí. El camino hasta el mercado era corto, pero suficiente para despertarme. Los neumáticos crujían sobre la grava como palomitas viejas. Aparqué mal, como siempre. El pescado llegaba temprano y yo quería el mejor — no el más caro, el más vivo. Besugos tensos, doradas de piel dura, ojos saltones aún reflejando la luz que empezaba a imponerse. Había un pulpo flaco, con las ventosas todavía húmedas. Compré lo que necesitaba sin discutir precios. La pescadera me lanzó un "buenosdías, guapo" sin convicción. Asentí con un gesto y seguí.

En la panadería, el olor a pan era casi pornográfico. Elegí una barra crujiente, de corteza irregular y miga húmeda, aún tibia. Mordí una esquina en el coche, sin ceremonia. Después las verduras — cebollas, pimientos, judía verde aún con tierra. Metí todo en una bolsa limpia, de tela fuerte, con un logotipo bonito de un festival de jazz: azul oscuro, letras elegantes, una figura de saxofón en negativo. La guardaba por la estética, no por el recuerdo.

Volví antes de las ocho. La casa me esperaba como un perro fiel. La fachada blanca, áspera, tocada por la sal, seguía pareciendo una ruina — pero era una ruina mía, elegida. Y la terraza... la terraza era el corazón. Ancha, descarada, con vistas al mar al fondo y un cielo que se quería entero.

Aquella mañana había tres naranjas en el suelo. Solo las recojo después de que caen. Nunca las cojo del árbol. Me gusta verlas ahí arriba, en los árboles — el naranja vivo contra el verde mojado de las hojas. Por eso las dejo estar. Cuando el árbol las suelta, entonces sí, son mías. Hasta entonces, no me pertenecen.

El fogón de gas estaba en la esquina, de boca ancha y llama bruta. La paelleira, negra y grande, ya esperaba en su sitio, con marcas de viejos guisos grabadas en el metal. En esa cocina exterior, donde el aire traía la brisa marina de la marea baja y un resto de pescado seco

en alguna junta de la playa, empecé a preparar todo con calma. El vino blanco reposaba en la nevera, envuelto en un paño mojado.

Ella llegaba ese día. Iba a recogerla a Sevilla. Todavía tenía tiempo.

Fui a buscarla sin prisa. Aún la mañana no había estallado del todo cuando arranqué rumbo a Sevilla. La carretera, seca y recta, parecía estirada a la fuerza, sin paciencia para curvas. Puse música — algo antiguo, instrumental, solo para hacer fondo — y dejé que el volante me llevara como quien lleva un animal ya domesticado.

El aeropuerto estaba casi vacío. Ella apareció en la puerta de llegadas con la misma maleta enorme de siempre, como si fuera a mudarse dentro de mí por unos días. Llevaba gafas de sol, el pelo suelto, un vestido ligero golpeándole las piernas como olas cortas. No necesitó decir nada. Sonrió y esa sonrisa era más que todo, más que cualquier palabra. La besé en la mejilla. Luego en los labios. Dije algo neutro, ella respondió en un tono arrastrado, suave — los dos evitando el peso de las primeras frases.

Y entonces, sin aviso, sin preámbulo, la besé de nuevo. Le agarré la cara con las dos manos, sin ceremonias, y la besé como si fuera a devolverle el alma por la boca. Un beso entero, hondo, sin vergüenza. Sin acuerdo previo. Un beso que se da y ya está. Ella no retrocedió. Se apoyó. La maleta cayó. Un sonido seco en el suelo. Sus manos me subieron por la espalda como quien sube una sábana al cuerpo. El beso duró demasiado. Se pasó de punto. Alguien tosió detrás. No paré.

De camino de vuelta, ella habló poco. Se limitó a apoyar la cabeza en el cristal, como quien observa el mundo sin querer entrar en él. Yo la dejé estar. Me gusta su silencio cuando no lo usa para alejarme.

Al llegar a la casa, ella entró como si nunca se hubiera ido. Se quitó los zapatos, dejó la maleta apoyada en la pared y fue directa a la ducha. Siempre hacía eso: aterrizar, posar, desnudarse y desaparecer bajo el agua caliente como si hiciera falta borrar el vuelo. Yo me quedé en la terraza, removiendo el arroz, ajustando el fuego, saboreando el olor del caldo espesando. Era mi manera de rezar.

Cuando volvió, venía descalza, aún húmeda, con un vestido azul claro que no usaba hacía mucho. Tenía la piel morena, tensa y los

ojos descansados. Sonrió al ver la mesa puesta. Dijo que estaba bonita. Luego corrigió: "Está perfecta." Me tocó el hombro al pasar. La mano se quedó un segundo de más, lo suficiente para decir: estoy aquí.

Le serví vino. Blanco, seco y con una acidez casi imperceptible. Bebió despacio. Yo también. El sol ya pegaba de lleno en la terraza, y el sonido de las gaviotas era solo telón de fondo.

— "Huele a casa," dijo ella. Y luego se calló.

Después de comer, dejamos los platos sin lavar. La mesa quedó allí, desordenada. El calor no apretaba, se instalaba. Unos 20 grados — temperatura de sangre tibia y de piel sin defensa. Nos tumbamos en las tumbonas de lona y acacia seca, ya rajada, a la sombra de la tela cruda que yo mismo había estirado sobre la estructura de madera, con cuerdas de barco y dos ganchos de pescador. El viento venía en soplos cortos, tibios y con olor al mar distante.

Ella se quitó el vestido de un solo gesto. Lo hizo con la naturalidad de quien no necesita seducir — pero seduce siempre, incluso cuando respira. Se quedó tumbada de lado, en bragas negras, con la espalda desnuda bebiendo la luz filtrada. Me miró por encima del hombro, como quien se entrega por provocación.

— "¿Me pones el protector?"

Lo dijo sin voz. Casi solo con los labios.

Cogí el envase medio aplastado y vertí un hilo espeso en mis manos. Lo apliqué despacio, empezando por los hombros, luego los omóplatos y después en la curva de la columna. Su piel reaccionaba como si tuviera sed. No habló. Cuando le toqué las caderas, arqueó ligeramente, solo lo suficiente para abrir espacio.

Me incliné. Le besé la base de la espalda y luego fui bajando. La boca, húmeda y lenta, dibujó caminos entre sus músculos. Se abrió, llevó sal, llevó olor... lo llevó todo. La sentí vibrar por dentro. Un sonido breve se le escapó entre los dientes. No era gemido — era otra cosa. Una petición.

Se giró. El vaso que estaba apoyado en el brazo de la tumbona cayó y se hizo añicos en el suelo de baldosas, pero ninguno de los dos reaccionó. El mundo podía arder y no nos arrancaba de allí. Sus piernas se abrieron como si hubieran estado esperando desde siempre. Llevé la boca hasta el centro. Lentamente. Una lentitud

provocadora y al mismo tiempo casi sagrada. Ella me agarró el pelo, luego soltó. Jadeaba. Dijo mi nombre como si fuera casi un grito.

Se incorporó de un impulso, empujó platos y vasos al suelo de un solo gesto y se tumbó sobre la mesa del almuerzo. La madera aún estaba caliente, con restos de arroz y vino. Entré en ella con fuerza. Ella clavó las uñas en el borde de la mesa, se mordió el antebrazo para no gritar— aunque podía hacerlo. Las gaviotas se callaron. El mar quedó fuera.

Al final, nos quedamos allí. Desnudos, pegados, con las marcas de los cubiertos en los muslos y el olor de nuestros cuerpos sudados aún en el aire. Ella se giró de lado, con los ojos entreabiertos.

— "Hacía mucho tiempo que no era así," dijo.

Pero no especificó el qué. Ni yo pregunté.

La tarde pasó por nosotros como un perro viejo cruzando la calle: lenta, resignada y sin prisa por acabar— como son todas las buenas tardes. Dormitamos en la terraza, desnudos, cubiertos solo por sombras móviles y el olor dulce de las naranjas. El vino se acabó despacio. El sol cayó tras el muro blanco de la casa, donde las golondrinas rayaban el cielo en espirales cansadas.

Ella entró en la casa. Yo me quedé. Solo levanté el cuerpo cuando el teléfono vibró en la esquina de la mesa, entre una botella vacía y los restos de una servilleta arrugada. La pantalla se encendió con un nombre que no veía hacía meses. Un nombre que aún sabía a risa falsa y pequeños escándalos.

— "Te echo de menos. ¿Aún piensas en mí?" decía.

Lo leí dos veces. Borré. El gesto no tuvo peso. No había culpa — solo una especie de asco. Cerré los ojos. El sonido de la ducha resonaba dentro de la casa, luego el ruido del armario, una cremallera corriendo, el tintineo breve de pulseras o cinturones. Ella aún no lo sabía. Ni le hacía falta. No era ese tipo de mujer. Ni yo ese tipo de hombre — no ese día— que estaba perfecto.

Al final de la tarde, ella me arrastró a la cocina exterior. Llevaba un pañuelo atado a la cabeza, mal sujeto, los cabellos rubios escapándosele por las sienes en rizos sueltos. Los pies descalzos, las uñas perfectamente pintadas de rojo vivo y la piel aún marcada por la mesa. Estaba preciosa. No de una forma obvia, sino con ese

esplendor invisible que ciertas mujeres irradian cuando dejan de vigilarse.

Empezó a cortar cebollas con un cuchillo pequeño, sin prisa. El delantal blanco, prístino, atado a la cintura, una copa de vino medio llena al lado y alguna música saliendo del móvil — jazz lento, voz ronca y ritmo discreto. La luz era tenue. El olor del ajo empezaba a subir.

Cogí el portátil. El de siempre. La bisagra crujió.

— "¿Tienes trabajo?" preguntó, sin girarse.

— "No," respondí. — "Estoy inmortalizando."

Ella sonrió. Siguió cortando.

Y yo escribí. Escribí este capítulo.

***

2

La Misión

Tánger, 08 de mayo de 2025

Chegamos temprano.

Calles estrechas, paredes caídas y piedras gastadas por siglos de suelas y ruedas, que resbalaban bajo los pies como si pusieran a prueba la decisión de quedarse. Aparqué mal, otra vez. En un sitio prohibido, en un codo de acera sin salida, entre dos contenedores rebosando. El aire olía a calor y mierda. Una pared tenía un grafiti de eslóganes en árabe y fechas tachadas. "عيش، حرية، كرامةإنسانية", decía uno. Me pareció justo. *Pan, Libertad, Dignidad Humana* era lo que significaba, el lema de la Primavera Árabe.

Un gato flaco asomó detrás de una caja de fruta podrida. Se lamió las patas como si el mundo no le importara. Me miró. Luego me ignoró.

Ella aún venía volcada en el sueño, con la cabeza caída contra el cristal, los ojos sin abrir y la boca ligeramente entreabierta como quien aún saborea un sueño inconcluso. Se había dormido en cuanto zarpó el *ferry*, como si el mar meciera el agotamiento. Solo despertó cuando bajé de la rampa, ya en tierra, con un golpe seco, y miró alrededor sin entender si estábamos en un país nuevo o en algún intervalo entre el origen y el destino.

Le dije:

— “Llegamos.”

Pero ella no respondió. Abrió la puerta despacio. Luego salió. Se quedó allí parada, con el viento moviéndole el vestido ligero, oliendo el aire como si buscara algo pero sin saber bien qué. Yo tampoco dije nada más. Fui a buscar las mochilas al maletero, bolsas desparejadas con ropa, sobres y una pequeña caja sin abrir. La ciudad delante de nosotros no pedía palabras. Pedía coraje. O huida.

Entramos en un callejón que no estaba en el mapa. Ningún mapa muestra lo que se esconde. Parecía solo un atajo entre dos edificios huecos, pero ya era Tánger abriendo las piernas. Un crío apareció de la nada, pie descalzo, ojo desorbitado, vendiendo caramelos o pidiendo monedas — imposible distinguir. Dijo “*bonjour, monsieur*”, como si la miseria tuviera etiqueta. Lo ignoré. Ella metió la mano en el bolsillo, sacó una moneda blanca, se la dio. Él sonrió con la mitad de los dientes y desapareció.

Subimos la calle, donde ropa colgada entre ventanas temblaba como banderas de naciones fallidas. Una mujer espiaba detrás de una cortina de encaje amarillento. Nos vio. Hizo como que no vio. Seguimos. A la derecha, una carnicería. Carne colgando de ganchos, moscas bailando en círculos. Sangre seca en el suelo. Un hombre gordo cortaba huesos con una cuchilla que parecía haber conocido guerras. Me saludó con la mirada — de esas que no piden respuesta, solo miden el cuerpo.

Llegamos a la puerta azul. N.º 17. Estaba allí, como prometido. No había timbre. Llamé con los nudillos. Una, dos, tres veces. Silencio. Luego un chasquido de cerrojo. La puerta se abrió ligeramente. Un ojo. Un segundo de vacilación. Luego, todo el rostro — oscuro, marcado y sin edad. El hombre hizo una señal con la cabeza, seco. Entramos.

El pasillo olía a moho, con el fondo cubierto de sombras y el techo agrietado como un cráneo viejo. Subimos despacio. Escaleras de piedra, peldaños desiguales, una puerta a mitad con música árabe saliendo de dentro. Alguien se rió. Una risa de mujer. Seguimos. La sala donde entramos no tenía ventanas. Una bombilla desnuda colgaba del techo y temblaba levemente. Había una alfombra mugrienta en el suelo, dos sofás de polipiel pelándose y una mesa de centro con marcas de vasos y cigarrillos apagados a toda prisa. El